IDENTIDADES EN PROCESO DE PANDEMIA COVID 19: ¿HACIA UNA CULTURA DE EMERGENCIA?

Claudia Salvia

Biografía de la investigación: objetos y métodos

Estas páginas son el resultado de un proyecto de investigación sobre como ha ocurrido el proceso de pandemia por el SARS-CoV-2 en una porción de la ciudad española de Salamanca según mis prácticas e interpretaciones, en el arco temporal que va desde el día 14 de marzo hasta el mes de junio del año 2020, fechas que corresponden a la declaración del primero estado de alarma en España y a la entrada en vigor de la Nueva Normalidad.

Sin embargo, no se trata sólo de documentar lo que mis ojos han visto y mi cuerpo ha hecho, llega un momento en esta investigación en que la observación participante deja lugar a la etnografía colaborativa.

Lo que encontraréis en este capítulo son “interpretations of interpretations” (Geertz, 1973). Por un lado, es una historia que gira en torno a cómo se ha vivido el estallar de la pandemia en la zona comprendida entre el Puente Romano y la Rúa Mayor, único kilómetro en el que pude circular durante 7 semanas, por otra parte, serán las voces de las y los actores protagonistas que con sus incursiones en el proyecto han transformado la investigación en un inédito experimento etnográfico. Asimismo, tan pronto como la desescalada lo hizo posible ha surgido la primera entrevista *en vivo*, cuyo aporte para la investigación ha significado pensar la pandemia a través de su vocabulario y uso del tiempo. Su contenido será objeto del siguiente párrafo, mientras que este apartado trata de la historia de vida de la investigación.

El 14 de marzo del año 2020 el Gobierno de España declaraba el primer estado de alarma, dando lugar a medidas de prevención que en Salamanca permanecieron en vigor hasta la fase 0 de la desescalada, es decir hasta el 2 de mayo de 2020. Aquel sábado de mayo algunas de nosotras que vivimos en Plaza de los Leones salimos del barrio hacia la Plaza Mayor dónde muchos ciudadanos se habían reunidos. Los recuerdos ahora se disparan: rostros familiares, otros inéditos, entre ellos vi dos de los amigos más queridos, una compañera de Argentina y otro de México, ambos en Salamanca para vivir la ciudad y porqué aquí están llevando sus actividades de Doctorado. Una historia desde luego parecida a la mía, que he nacido en Italia. Ya anteriormente los había vistos, en una tarde de domingo por el balcón de la casa donde viven, siempre porqué ella está ubicada en la Calle Ribera del Puente. Había sido aquel un diálogo improvisado, corto de tiempo. Una mirada firme en los ojos, un intercambio de informaciones, alguna opinión sobre el futuro. Tanta prisa porque antes del 2 de mayo estaba prohibió dejar la vivienda, salvo que no fuera para ir al supermercado, a la farmacia, a pasear el perro, a tirar la basura, al estanco. Con amigos y colegas decidimos de no vernos en esta circunstancia, quizás sabíamos que cada uno debía afiliarse poco a poco a la desescalada, antesala de la Nueva Normalidad. Quizás no teníamos claro el cómo hacer: ¿cómo saludarnos ahora? ¿con el codo?

Otra cuestión era que con la llegada del 2 de mayo las medidas preventivas no se daban por concluidas. Por lo contrario, hasta el 21 de junio muchas actividades fueron postergadas y antes de final de mayo estaba prohibido verse con personas que no compartían tú mismo techo. Más allá de las normas, el creciente número de contagiados

y fallecidos que registraba España había generado un sentido común marcado por la prudencia.

Con todo, mis notas de campo registran que el día 13 de junio del año 2020 por las calles de Salamanca había más gente circulando. En la Plaza Mayor había personas sentadas en los bancos tomando el sol, tiendas, bares y restaurantes habían vuelto a abrir, aunque si con nuevos códigos de prevención. En todos los espacios cerrados había límite de aforo, el uso de mascarillas era una medida obligatoria, así como echarse el gel en las manos antes de entrar en cada sitio. Tanto en el día que, por la noche, las terrazas de los bares se animaban. Aquella noche del 13 de junio, en la mesa de un bar ubicado en la Plaza del Poeta Iglesias, justo detrás de una de las 9 puertas que dan acceso a la Plaza Mayor, estábamos algunas de nosotras, compañeras de Doctorado, amigos y colegas de la Aula de Investigación del Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca.

El día siguiente, es decir el domingo 14 de junio, mi grabador estaba listo para la primera entrevista *en vivo*, un evento sin duda inesperado, dado que por causa de las medidas preventivas había descartado la opción de la entrevista *vis a vis*.

Sin embargo, siendo este proyecto consecuencia de un imprevisto, también su objeto y el método se diseñan a medida que los hechos de la historia se suceden, por tanto: ¿cómo surge esta investigación?

Nos ubicamos en la segunda mitad del mes de marzo. En aquel entonces, en Salamanca estábamos confinadas desde algunos días. Es el momento en que las universidades con sus bibliotecas e instituciones han cerrado, así como los centros culturales, los comercios, “ecc.”, a excepción de supermercados, estancos, farmacias y de los centros de salud. En la Rúa Mayor, como se verá en el tercer párrafo, los comerciantes habían expuesto carteles informativos sobre el cierre. Por las calles de mi barrio, las pocas personas que las atravesaban comenzaban a huir unas de otras. En las calles más estrictas, la gente caminaba de manera ordinada, casi a formar una cola. Se intentaba vivir con sentido común: evitar el contacto físico, poner guantes en los supermercados, tratar de no tocar mucho los productos que no ibas a comprar, “ecc.”. Sobre el virus no se sabía mucho, lo cierto es que la pandemia se desvelaba *poco a poco* como un “fait social total” (Mauss, 1925). En este escenario, tanto las medidas de prevención que el miedo a contraer el virus estaba estimulando la creación de nuevos hábitos y el espacio público devino, en tal sentido, un pequeño laboratorio social. Poco a poco se iban forjando nuevas prácticas (comprar la mascarilla, desinfectar la compra, echarse el gel en las manos, llevar mascarilla, dejar los zapatos fuera del piso, saludarse con el codo, “ecc.”) y ciertas palabras comenzaban a tener un significado distinto y mucho más próximo (*confín*, cuarentena, emergencia, gel, mascarilla, “ecc.”). Frente a ello, mi pregunta fue: ¿será ella una cultura de emergencia?

Esta investigación nace con la inquietud de monitorear ese proceso, sin embargo: ¿cómo hacer etnografía dentro de la pandemia? ¿cómo hacer el método?

Responder a estas preguntas conllevó repensar la Antropología en relación con la emergencia, tanto con respecto a su práctica que a su utilidad.

Desde luego que, dadas las circunstancias, el campo se generó sólo: mi hogar y el kilómetro entre el Puente Romano y la Rúa Mayor. También el método se definió a medida que anotaba mis interpretaciones de lo que veía y percibía acontecer: se trataba de una observación participante que implicaba un enfoque hacia mí misma.

En un primer momento, objetos de la investigación fueron las *acciones* y las *palabras*; las de las personas cruzadas casualmente por la calle, en el estanco, en el Carrefour de la Rúa Mayor, o espiadas con discreción desde la ventana de mi casa; también, fueron las mías.

Mi mirada estaba dirigida hacia el uso del cuerpo, hacia los gestos. Mi oído se había hecho sensible a lo que las personas chisporroteaban. Me preguntaba: ¿cómo llamarán el virus? ¿dirán confinamiento o cuarentena?

A medida que el tiempo pasaba surgió el interés de saber lo que ocurría en otros barrios: ¿ahí también harán el aplauso de las 8 para agradecer el personal de sanidad? ¿cómo será la ida al supermercado? ¿se pondrán hasta guantes? ¿habrá cola? ¿faltará comida?

Para contestar a estas preguntas nace la idea de añadir otro campo a la investigación, un *territorio* en el cual explorar las curiosidades emergentes. Me invento así un método, un modelo de entrevista para tamizar lo que sucedía en otros kilómetros de la ciudad y en el espacio privado de las personas amigas: ¿cómo lo harán ellos? ¿estarán desinfectando la compra? ¿dejarán los zapatos fuera del piso?

Es la mitad del mes de abril cuando empiezo la redacción del *Modelo de Entrevista* con la finalidad de documentar identidades en proceso de pandemia en Salamanca, cuyo método quiso ser útil a resignificar la experiencia del confinamiento. Su contenido será objeto del cuarto párrafo. El quinto y ultimo apartado de este capítulo tratará de proponer algunos *escapes culturales* frente a la incertidumbre generada por la actual pandemia.

Para finalizar este apartado, creo que valga la pena decir que estás páginas son escritas en circunstancia de confinamiento perimetral y toque de queda a partir de las 10 de la noche. Desde algunos días el Gobierno de España ha aprobado un nuevo estado de alarme que por lo visto tendrá su durada hasta el mes de mayo de 2021. Una situación en progres, sin duda parecida al resto de Europa y a otras ciudades globales.

Pensar la pandemia en sus palabras y uso del tiempo

En la primera ola de la pandemia nuestro vocabulario ha sido incursionado por un repertorio de palabras, desde luego conocidas, que a partir del mes de marzo de 2020 aprendimos a usar con un significado inédito, forjado en función de la emergencia.

Entre las más utilizadas, destacan: aislamiento, contagio, cuarentena, confinamiento, desescalada, distancia, mascarilla, gel, pandemia, restricción, UCI, virus, “ecc.”.
Entre otras, la expresión Nueva Normalidad ha sido resignificada con la finalidad de proponer un destino resolutorio, y a menudo interpretada como una escapatoria redentora.

Frente a ello, el tiempo se ha manifestado desordenadamente, a veces como la interrupción de algo, otras como un reinicio, mientras que nuestras sociedades se organizaban para que nada se *suspenda*.
La narrativa y el tiempo se entrelazan así en un escenario dónde las palabras están a veces creando un tiempo de espera y otras de emergencia: “cuando todo esto pase” se repite en los medios de información de España, sin duda un mensaje de esperanza, pero ¿si eso no pasara?

En otros países de Europa, por ejemplo, en Italia, la pandemia ha sido configurada como una guerra contra el virus “vinceremo la battaglia contro el coronavirus” (G. Conte, comunicación personal, 20 de marzo, 2020) o “questa guerra la vinciamo noi” (G. Conte, comunicación personal, 19 de mayo, 2020). ¿Habrá sido ella una estrategia eficaz?

En la entrevista que estamos por considerar ha surgido la propuesta de interpretar algunas palabras de la pandemia por su componente simbólico y por su impacto en nuestra percepción de lo vivido en relación con el espacio y el tiempo.
Un ejemplo a mí vista interesante es la palabra *confinamiento* cuya etimología nos acerca a la palabra *confín*. Ambos vocablos proceden del verbo latín *confinare* y se forman con el prefijo con- (idea de encuentro, cosa compartida, conjuntamente) y el sustantivo *finís* (límite, frontera, final). Entre los sinónimos del verbo español *confinar* encontramos dos

verbos con significados opuestos, es decir *limitar* y *lindar*, donde el primero exprime la idea de distancia y el segundo la de cercanía. En todos los sectores del conocimiento el concepto de confín ha sido distintamente aprovechado para interpretar espacios simbólicos y tangibles de la experiencia humana. Por lo que se refiere a la antropología, una contribución llega de Frederick Barth que el año 1969 escribió *Ethnic Groups and Boundaries: The social organization of culture difference.* En la interpretación del Barth un confín se crea entre grupos humanos tanto para *separar-sé* que como ocasión para aproximarse. Asimismo, la frontera entre dos Estados es una línea imaginaria que delimita el exterior y el interior, lo que es uno y lo que es el otro, pero al mismo tiempo genera la posibilidad de transitar, simbólica y materialmente, de un lado a otro del *confín*. Visto desde esta perspectiva, el confinamiento por la pandemia ha descompuesto confines, personales y sociales, locales y globales, que ahora se encuentran en proceso de resignificación. A modo de ejemplo, destaca la frontera entre el interior y el exterior, entre las personas sanas y las infectadas, la reorganización de la movilidad en el espacio Schengen, "ecc.". Al mismo tiempo hubo *desconfinamientos*. Nuestra privacidad fue estrenada en pantallas de celulares, la libertad de salir de casa fue programada por las instituciones, "ecc." Al fin y al cabo, la misma pandemia fue el efecto de un *desconfinamiento*, lo de un virus que desde un supuesto murciélago alcanzó el ser humano.

Sin embargo, para el entrevistado la palabra confinamiento tiene otro valor simbólico. A conclusión de la entrevista se verá que en su opinión la expresión Nueva Normalidad ha sido usada precipitadamente y con implicaciones tal vez sospechosas. En cambio, faltó el uso de la palabra suspensión, que en su perspectiva habría sido útil para configurar la pandemia como una oportunidad clave para reorganizar nuestras sociedades de una manera más saludable, por ejemplo: aportando cambios al sistema económico, mejorando el sistema sanitario, contrastando la brecha salarial, concienciándonos con respecto al cambio climático, "ecc.".

La entrevista a la cual me refiero es la primera que pude grabar *en vivo* tras la entrada en vigor de las medidas de desescalada. Ella se llevó a cabo en fecha 14 de junio de 2020 con un compañero antropólogo en la mesa de un bar ubicado en la Avenida de los Reyes de España de Salamanca, en la cual consumimos Nestea y zumo de naranjas. El entrevistado de 36 años nació en el Continente América y reside en Salamanca desde 1 año donde imparte clases de inglés.

Dado que la finalidad era escrudiñar su experiencia de la pandemia en Salamanca y añadir elementos a la narrativa sobre identidades en proceso de emergencia, la pregunta inicial fue: "¿Cómo has vivido tu confinamiento?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

Desde un punto de vista organizativo, la experiencia de confinamiento la llevó a cabo en su vivienda en alquiler ubicada en la Gran Vía, juntos con estudiantes italianos con los cuales compartía el hogar. Al llegar el 14 de marzo, con los compañeros de piso trataron de experimentar medidas preventivas para evitar la infección. Me habla de que reorganizaron los espacios compartidos para que cada uno pudiese *separar* sus cosas, también la comida en el frigorífico, los utensilios de la cocina, "ecc.". Asimismo, limpiaron el baño con más frecuencia, pero optaron para no llevar la mascarilla dentro de casa.

A la pregunta: "¿Has pensado nunca de regresar a Estados Unidos?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020) país que en aquel entonces no estaba particularmente afectado por el virus, él contesta que no y añade que en Salamanca se sentía seguro. En su opinión, en la ciudad española se han hechos las cosas bien, y valora bastante el uso de la mascarilla que en su perspectiva es una excelente medida de

prevención, además que ser, su uso, una manifestación de respeto comunitario y de sentido común.

"¿Has cambiado tu alimentación y hábitos?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020) Declara que sí, aunque añade que era su plan para la primavera. Sin embargo, a lo largo de su confinamiento ha dejado de fumar, de consumir cerveza, y cuenta de haber llevado una vida según él más sana: ha tenido una alimentación que él considera mejor, hizo deporte en casa, "ecc.".

"¿Has desinfectado tu compra?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020) Dice que no, pero añade de haber tratado de no contraer la infección.

Más allá de esto, estamos por ver que, en la opinión del entrevistado, palabras como confinamiento y cuarentena tienen un significado muy personal. En tal sentido, como a menudo requiere la Antropología, no se trata de comprobar *la verdad* histórica de la cosa declarada, más bien de comprender el significado que la persona entrevistada le atribuye, e interpretarlo (Geertz, 1973).

Para el entrevistado, el *confinamiento* fue en primer lugar una experiencia de *cuarentena*. El significado que él confiere al uso de este término nos ayuda a enfocar su interpretación de como él vivió los meses de restricciones a Salamanca.

"¿Por qué cuarentena?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

> "Porque la palabra *cuarentena* me hace pensar a un escenario donde se vive como en una ermita y se actúa como un ermitaño. […] me da la sensación de estar ocupando mi tiempo bien, de estar cultivando el lado espiritual. […] veo algo sano en la vida de un ermitaño." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

Por otro lado:

> "La palabra *confinamiento* es angustiosa, me da la sensación de castigo, de restricción. El espacio de una persona que vive confinada lo imagino estricto. […] su tiempo poco productivo, porqué en la espera por volver a la libertad." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

En relación con la pandemia: "¿Cree que el uso de la palabra cuarentena en lugar de confinamiento habría dado lugar a otra cosa?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

> "Es posible, sin duda nos habría convertido en seres humanos más responsables porque todos potencialmente estamos sujetos a la infección. […] tal vez habría generado más alarma, pero más empatía con las personas contagiadas. […] también tengo la sensación de que como sociedad estamos desaprovechando la oportunidad […] de transformar una situación trágica, de emergencia, en algo mejor. […] este es el momento en que una Humanidad debería preguntarse un poco más sobre su historia. ¿Qué tipo de futuro queremos? ¿Estamos todos satisfechos de lo que eran nuestras sociedades antes de la pandemia? […] y sin duda algo ha fallado en nuestro sistema sanitario." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

"¿En qué sentido estamos desaprovechando la pandemia?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

> "[…] Un objetivo fue alcanzar la *Nueva Normalidad* ¿Cierto? pero en la *Vieja Normalidad* […] en la *Vieja* […] había demasiadas cosas que no funcionaban como para

querer una *Nueva Normalidad*. […] eso a mí oído suena como un *revival*." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

"¿Fue equivocado usar el término *Nueva Normalidad*?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

"Fue precipitado, y como plan de futuro, mejor era la expresión *Otra Normalidad*. […] en mi opinión tenía que ser una expresión que produjera una sensación de ruptura con el anterior. […] creo ha faltado la palabra *suspensión*." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

"¿En tu opinión no hemos vivido una *suspensión*?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

"En mi opinión no hemos vivido una suspensión, ¡hemos aguantado una suspensión! Hemos pasado por encima de ella. […] otras sociedades nos enseñan que la suspensión es algo sano. […] una interrupción consciente para el renovamiento de la sociedad." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

El testimonio nos ofrece un campo de análisis que abarca un vasto escenario interpretativo. En primer lugar, lo de la codificación de la experiencia de *confinamiento* con la palabra *cuarentena*, y las posibles implicaciones que el uso de la palabra durante la pandemia habría podido generar sobre la salud individual y colectiva. En segundo lugar, el rechazo a la idea de *Nueva Normalidad* y la sugerencia del término *Otra Normalidad* para subrayar una ruptura con lo anterior. En tercer lugar, el enfoque de la pandemia como una oportunidad desaprovechada para mejorar nuestra sociedad, hacia la cual el entrevistado asume una posición crítica, preguntando con respecto al futuro. Por último, el testimonio conlleva una reflexión sobre una palabra en su perspectiva ausente del vocabulario pandémico, es decir, la *suspensión*. Una circunstancia que desde luego hemos vivido durante el confinamiento, pero sin prestar importancia a su carácter ritual. Vivir la *suspensión* de forma ritual, según el entrevistado, consiste en haber conciencia de su poder transformador, el cual, en su diagnosis sobre la pandemia, habría podido coincidir con la activación de un proceso hacia el renovamiento de la sociedad.

La palabra suspensión, y su asociación con la dimensión procesual de un rito de paso, fue forjada por el antropólogo escocés Victor Turner. Sin embargo, el primer estudio analítico sobre los ritos de paso se debe al antropólogo francés Arnold Van Gennep que el año 1909 llevó a cabo un sorprendente tratado clasificatorio sobre el tema.

Ambos antropólogos coinciden con una lectura dinamista de la sociedad humana, la cual estaría constantemente procesando su estructura a través de rituales programados y llevados a cabo por nosotros los humanos. Un rito de paso es una acción programada que marca el comienzo de otra condición individual o colectiva, y siempre culturalmente determinada.

En las sociedades occidentales de cultura católica, ritos de paso son los Sacramentos, así como en las sociedades hindú es la Cremación en el río Ganges. Entre los ritos de paso de cultura musulmán destacan el Ramadán, la Limosna, la Peregrinación a la Meca. Más allá del componente religioso un rito de paso es la celebración de un cumpleaños, el cruzar una frontera entre dos Estados, un casamiento, un funeral, "ecc.". Asimismo, un proceso ritual puede conllevar la recomposición de una comunidad humana frente a un acontecimiento inesperado, por ejemplo, la reconfiguración de una familia tras una separación, o de una sociedad tras una guerra, una inundación, o tras de una emergencia sanitaria. Las etapas de un rito de paso, o proceso ritual, suelen ser codificadas en tres

momentos: separación o estructura, transición o *limen*, reintegración o antiestructura. En este devenir, la segunda etapa es la de la incertidumbre o *suspensión*, entre la separación de algo conocido y la reintegración en una condición inédita. En la interpretación de Victor Turner, la etapa *liminal* lleva esta palabra porque concierne el comienzo de una cosa. Asimismo, lo que es *liminal* es *suspenso*, interrupto, y puede dar lugar a los inéditos procesos creativos que reintegrarán el individuo o grupo social en la antiestructura, o última etapa del proceso ritual.

En relación con nuestro vivido, la *Vieja Normalidad* puede ser configurada como la etapa de la cual nos hemos separado, el confinamiento como el *limen* (*confín* en latín), y la *Nueva Normalidad* ¿cómo la etapa final?

Una respuesta a esta pregunta llegará a conclusión de este capítulo, a partir de la propuesta interpretativa del amigo y colega con el cuál se llevó a cabo la segunda entrevista *en vivo*.

Según el testimonio aquí considerado, el confinamiento que hemos vivido en los meses de la primera oleada de la pandemia ha comportado una *suspensión* que no ha sido valorada por su incidencia ritual, por otro lado, ha sido vivida con la certidumbre de alcanzar una *Nueva Normalidad*.

A conclusión de la entrevista, surge por tanto la pregunta: "¿Por qué nuestras sociedades han desaprovechado la *suspensión*?" (C., comunicación personal, 14 de junio, 2020).

> "En primer lugar porque el sistema económico que tenemos exige no suspender: ¡No pase inobservado que somos la sociedad de la opulencia! En segundo lugar, lamento decir que en parte se ha perdido la conciencia colectiva del ritual, a excepción de algunos, como por ejemplo los de carácter religioso […] es una cuestión cultural. En tercer lugar, nos atemoriza la idea de vivir una suspensión, […] no tenemos suficientes herramientas para encarar la incertidumbre, es una cuestión histórica […] muchos de nosotros no hemos vivido nunca una guerra, una crisis económica, una travesía en el Mediterráneo, un desastre natural, una pandemia […] no hemos vivido nunca en la emergencia […]. Y tener que lidiar con esta experiencia, y con el confinamiento, ha sido un desafío importante." (A., comunicación personal, 14 de junio, 2020)".

"Pan para hoy y hambre para mañana". Etnografía del confinamiento entre el Puenteo Romano y la Rúa Mayor

A la vista de todos, la experiencia de confinamiento fue marcada por el hecho de recrear una vida en la única dimensión del hogar, en la medida que la relación con el exterior estaba comprometida.

Al atravesar la puerta de casa se accedía a un escenario en apariencia estático que desde el 14 de marzo hasta el 2 de mayo sólo tenía la función de abastecernos. Sin embargo, es allí donde la ciudadanía se ve por primera vez con mascarilla, y experimenta, *codo a codo*, otro aspecto de la pandemia.

Por su parte, el espacio exterior, sin los pasos de las personas que solían otorgarle una dada significación, también vivió su proprio metafórico confinamiento, quedando, por un lado, excluido de la vieja normalidad y, por el otro, deviniendo el lugar dónde la ciudadanía aprendió a resignificar y a inventar nuevos hábitos, yendo a forjar una progresiva adaptación de la cultura a la emergencia.

El espacio público, además de ser un centro de producción cultural, también tuvo la función de favorecer la comunicación entre ciudadanos que pudieron construir una narrativa común sobre la experiencia, intercambiar opiniones o, como en el caso de los

comerciantes de la Rúa Mayor de Salamanca, dejarlas escritas en una hoja de papel colocada en la puerta de su tienda.

Objetivo de este párrafo es documentar un aspecto de la interacción humana en el espacio público que se extiende entre el Puente Romano y la Rúa Mayor, el cual corresponde al único kilómetro a que tuve acceso en los meses iniciales del confinamiento. Su contenido es la síntesis de la observación participante que llevé a cabo, conforme con mis restricciones de ciudadana, desde el 14 de marzo hasta el 2 de mayo del año 2020.

Para quien conoce Salamanca sabe que el kilómetro en cuestión es uno de los más atrayente de la ciudad. Se trata del casco antiguo que el año 1988 ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. En las áreas culturales adyacentes, se encuentra la Plaza Mayor, el Convento de San Esteban, el edificio de las Escuelas Mayores, este último el principal de la Universidad de Salamanca. Empezando el recorrido por donde comienza mi kilómetro se elevan la Catedral vieja y la nueva, en dirección del Patio Chico se llega hacia la Cruz de los Ajusticiados en frente de la cual se ubica el Puente Romano, en la otra dirección está la Plaza de Anaya, donde comienza la Rúa en su recorrido hacia la Plaza Mayor.

Antes del 14 de marzo, los caminantes habituales de estos lugares eran estudiantes, comerciantes, el personal académico, los empleados de las tiendas, claramente los habitantes del barrio, y en su mayoría turistas. Tras el estado de alarma, al cerrar las universidades y los comercios, ha quedado todo muy silencioso. Por el lado del Puente Romano, siendo que no hay ni supermercados ni farmacias, las calles estaban muy poco atravesadas. Las medidas de prevención consentían de usarlas sólo para acudir a las destinaciones útiles, casi todas ubicadas en la Rúa Mayor, donde la vida giraba en torno al Carrefour, a los dos estancos y a la antigua farmacia. Alrededor de ellos, los vecinos se hablaban para ponerse al día: se cuentan anécdotas sobre cómo están desinfectando la compra, se intercambian opiniones sobre la actuación de los empleados del Carrefour, consejos y nombre de productos de lavado, precios, "ecc.". También, se habla de quien ha fallecido en el barrio, de quien ha sido contagiado, de cómo están los familiares de los fallecidos. Asimismo, se hacen comentarios sobre el virus, y dada la ausencia de mascarillas, hay quien se pone de acuerdo para hacerlas en casa y repartirlas. Así es como se genera un discurso a episodios sobre el tipo de tela que conviene usar, y se ponen de acuerdo para entregársela a quien se puso al mando de la tarea. Dentro del Carrefour se construye una narrativa sobre los dispositivos de prevención, si es suficiente echarse el gel en las manos o si es necesario llevar los guantes. Asimismo, los empleados han puesto barreras de plexiglás en las dos cajas y tiras adhesivas en el suelo para garantizar la distancia física.

Mientras tanto, la Rúa se ha llenado de palabras escritas en hojas de papel por sus comerciantes que le han colocadas en las puertas de su tienda. Algunas se limitan a comunicar que por responsabilidad y sentido común la actividad permanecerá cerrada hasta nuevo orden. Otras, que son las que se dedican a vender *artesanía charra*, añaden en su mensaje el número de teléfono para si acaso alguien estuviera interesado en hacerle una consulta o un pedido. En cambio, al leer los contenidos de las otras hojas se ha la sensación de estar asistiendo a un pequeño debate sin voz, cuyos temas son la crisis económica a la cual se están por enfrentar, y el apoyo, o no, a las medidas tomadas por el Gobierno de España. Así es como algunas de aquellas hojas son carteles blancos rectangulares donde aparece una cruz negra y debajo una escrita que dice que en el día 14 de marzo de 2020 falleció en Salamanca un comerciante del casco antiguo, el cual se niega a abrir porqué en la actual circunstancia no da para trabajar, él se siente un olvidado.

Una respuesta a los carteles con la cruz negra es leíble en las hojas de quien subraya que el cierre de su actividad, además que ser una toma de responsabilidad, es para contribuir a que las medidas del Gobierno vengan respectadas.

Un escenario que sugiere una reflexión sobre los efectos económicos de la pandemia en los pequeños comercios, cuya principal fuente de renta es el turismo, y que al mismo tiempo nos acera hacia la politización de las opiniones sobre la gestión de la emergencia sanitaria.

Con todo, entre los mensajes colocados por los comerciantes de la Rúa Mayor, destaca la voz de quien escribió "Pan para hoy y hambre para mañana" (Comerciante del casco antiguo de Salamanca, abril, 2020).

El Modelo de Entrevista: identidades en proceso de pandemia

La redacción del *Modelo de Entrevista* comienza en una tarde de abril del año 2020 durante el confinamiento en Salamanca. Su contenido e historia se diseñan en tanto que la observación participante sugiere de profundizar el impacto del proceso pandémico en nuestra identidad.

Los datos recogidos en la Rúa Mayor advertían que la emergencia estaba resignificando las *normales* prácticas y que los *confines* de nuestros hábitos se habían hechos vulnerables. Frente a esta evidencia, entendí que estábamos en un proceso cultural inédito, tal vez, a punto de forjar una cultura por y para la actual emergencia sanitaria.

Entendemos que la palabra cultura es el resultado de la interacción humana con el entorno, asimismo, su implicación es de ser "res pública" (Geertz, 1973).

Como sugiere el antropólogo estadounidense Clifford Geertz en su texto *The interpretations of culture*, si la cultura no es algo público, en el sentido de ser *públicamente inteligible*, no es. A modo de ejemplo, considero que, si al ver la tira adhesiva en el suelo del Carrefour, ningún ciudadano entiende que ella sirve para establecer una distancia física y reducir la transmisión del virus, es cierto que aquella no es una práctica, o *cosa*, públicamente inteligible para la comunidad. Será por tanto legible como el experimento de un empleado del supermercado, pero no como una medida institucional sujeta a devenir un hábito cultural. Por otro lado, si la ciudadanía en su complejo, al entrar en el Carrefour de la Rúa Mayor sabe que aquel gel puesto a su lado derecho sirve para desinfectar las manos contra la transmisión del virus, significa que estamos en presencia de una medida de prevención que a la larga podría devenir una práctica cultural. Otra cosa es que el ciudadano decida de no hacer uso del gel.

Cuando el objetive de este proyecto devino investigar identidades en proceso de emergencia con el método de la entrevista, la primera dificultad fue encontrar una solución metodológica frente a la imposibilidad de establecer una proximidad *física*. Por otra parte, se trataba de encontrar personas dispuestas a colaborar con el proyecto, cuyo propósito inicial era: "documentar, es decir grabar memorias sobre el confinamiento, y ser útil a reconfigurar la experiencia de la pandemia para volver a ubicarnos." (Salvia, 2020). La opción más sencilla fue preguntar a colegas y amigas si querían participar. Mi orientación ha sido hacia aquellas personas con las cuales había desarrollado un diálogo íntimo a lo largo del confinamiento, inclusive sobre varios aspectos de la pandemia. No sólo por la confianza que nos unía, sino también para aproximarnos un poco más y crear un *territorio* de diálogo común. Al mismo tiempo esto era ventajoso para la investigación, debido a que la entrevista habría podido llevarse a cabo por las redes sociales o por Gmail. En definitiva, colaboraron tres personas: dos mujeres y un hombre; los tres de edad entre los 34 y los 60 años. Las dos mujeres han nacido en la comunidad autónoma de Castilla y León, una en Ávila y la otra en Salamanca. La mujer que ha nacido en Ávila es jubilada e hizo su confinamiento en Salamanca con el hijo, la otra mujer es empleada en una

empresa de IT (Tecnología) por la cual trabaja habitualmente desde su casa e hizo el confinamiento en estado de embarazo, acompañada de su futuro bebé. La otra persona entrevistada al estallar de la pandemia estaba en Salamanca para finalizar su estudio postdoctoral, siendo latinoamericano y profesor en una Universidad en Brasil. Con este último compañero volveremos a encontrarnos a conclusión de este capítulo.

A ellos tres, y a la persona con la cual he podido "pensar la pandemia en sus palabras y uso del tiempo", va mi sincero agradecimiento. Tanto por el interés mostrado que por la confianza en compartir ciertas intimidades conmigo, así como por el esfuerzo de pensar la pandemia a través de uno mismo.

El contenido del *Modelo de Entrevista* ha sido organizado en tres partes y sietes secciones útiles a guiar la persona entrevistada en la lectura de la experiencia del confinamiento según una perspectiva de *rito de paso*. La primera parte abarca las secciones "antes de confinarte" y "durante el confinamiento", la segunda se enfoca en la fase 0 de la desescalada y la última ha querido recoger opiniones sobre el vocabulario de la pandemia, la relación con el virus, con la enfermedad, y pregunta con respecto a "¿Cuál es tu imagen de futuro?".

La sección "antes de confinarte" tuvo la finalidad de situar la vida de la persona *antes* del confinamiento para rescontrar eventuales cambios, y su percepción con respecto a lo que se veía llegar. La sección "durante el confinamiento" está organizada en micro secciones temáticas útiles a explorar "espacio y tiempo en casa" ("memoria y tiempo", "relaciones personales y sociales, "relaciones con los medios de información"), "espacio y tiempo fuera de casa" ("al supermercado") y "al llegar a casa".

También he incluido una "sección general" que se puede interpretar como eje de algunos temas. Allí mis preguntas se orientaron así: "¿Algo en particular ha marcado tu confinamiento?", "¿Has vivido aquel momento como si fuera una interrupción?", "¿Crees que en tu vida haya un antes y un después?"

Sin embargo, ¿por qué *Modelo*? Para dejar a cada participante la posibilidad de crear su propia narración a partir de un repertorio de preguntas, o *narración guiada*.

El *Modelo* ha sido entregado a cada participante por correo en la tarde del 22 de mayo del año 2020, es decir, antes de la fase 1 de la desescalada. Los testimonios llegaron a mí en junio. Cada persona optó por un método distinto, hay quien me entregó sus respuestas por correo, marcándolas con el color verde, y quien lo hizo por mensajes de voz a través de WhatsApp o por Gmail. Desde sus declaraciones se aprende que todas han llevado a cabo sus actividades de estudio y de trabajo enteramente desde su vivienda.

Algunos días *antes* de la declaración del estado de alarme, que un testimonio codifica como "estado de excepción", cada persona relata de haber saludado a su manera la Vieja Normalidad: una se despidió de alguien, otra fue a tomar una caña en la Plaza Mayor, otra fue a dar un largo paseo. También, dos testimonios añaden de haber renunciado a planes, como, por ejemplo: acudir al 8M, ir a una misa, celebrar su cumpleaños, ir a un evento cultural, "ecc.". Sin embargo, solamente en un testimonio resulta clara la percepción de que el confinamiento iba a ser el comienzo de una experiencia larga y performativa, en los otros dos ha sido inicialmente interpretado como un "paréntesis".

De forma general, la pandemia no produjo *cambios* drásticos en sus vidas. Sin embargo, cada testimonio destaca por su sensibilidad para individuar aquellos detalles que de forma casi invisible indican que nuestra vida, privada y pública, está cambiando. Frente a ello, como se lee a continuación, un testimonio se exprime con inquietud, sobre todo con respecto a la idea de tener que aportar *cambios* estructurales a su manera de vivir y de ser:

> “No quiero […] no quiero *cambiar* muchas cosas, muchas costumbres. Y por supuesto: no quiero *hacer cambio* en mi manera de ser. […] ¡yo no quiero aparcar mi vida!”.

Por lo contrario, en otro contexto de la entrevista, un testimonio comenta lo siguiente:

> “[…] no me molesta cumplir con los nuevos rituales. Como todo, creo que nos adaptamos y se acaban interiorizando.”.

Desde luego, dos perspectivas opuestas, que se mantendrás así a lo largo de toda la narración. Un ejemplo explicativo está en cómo se ha codificado la pandemia que según un testimonio “[…] siendo más conscientes de la suerte que tenemos de disfrutar de los pequeños placeres […]”, podría hasta generar beneficios en la esfera emocional, mientras que, según otro, la pandemia no aportará “ningún” mejoramiento.

Para este último testimonio, la inquietud es generada por los posibles efectos del *cambio*. A la pregunta: “¿Algo te preocupa más de otras cosas?” la persona responde: “Me preocupa que algo *nos haya cambiado* para siempre. Y que el orden social cambie. Que estaremos en otra manera de vivir.”

Un *cambio* que a su manera de ver conlleva una acepción negativa. En sus palabras: “[…] me preocupa que esto conduzca a un *alejamiento* entre humanos, y […] con el sentido más profundo de la humanidad. […] abrazarse […] a la *distancia*.”

Efectivamente, ningún testimonio ha manifestado indiferencia acerca del impacto de la pandemia en las relaciones interpersonales y sociales, inclusive sobre nuestro sistema cultural. En tal sentido, una previsión de lo que ello supondría, nos la ofrece un testimonio a continuación:

> “[…] no improvisar en cuanto a relaciones sociales, sino pensar con más antelación cuándo, con quién y de qué manera y con qué medidas te vas a ver con alguien, vas a hacer un viaje, etc. Esto en nuestra cultura considero que es un *cambio* significativo.”

El componente creativo de las culturas como solución de futuro

A pocos días de la entrada en vigor de la Nueva Normalidad en España, paseando por la Plaza Mayor de Salamanca la percepción era la de haber viajado por una pandemia que, aunque había dejado un virus en circulación, en parte se había acabado. Desde luego meses después descubriríamos que así no era.

A pesar de que bares y restaurantes habían vuelto a reunir la ciudadanía alrededor de sus terrazas, desde un punto de vista exterior, como si fuera el final de una guerra, algunas evidencias sugerían que estábamos en una sociedad *diferente*.

El 27 junio de 2020 fue el día de la segunda entrevista *en vivo*, un dialogo que se llevó a cabo en el bar Novelty con la colaboración del amigo y colega latinoamericano, profesor en una Universidad en Brasil, cuya participación en el proyecto se ha agradecido en el apartado anterior; pero que aquí renuevo con gusto. La finalidad era pensar la pandemia a través del presente salamantino con un enfoque hacia el futuro. Tras un intercambio de opiniones sobre como veíamos Plaza Mayor y una reflexión sobre cuál podría ser la percepción de la Plaza para quién llegaba de un país dónde la pandemia no había sido tan acuda, mi pregunta inicial fue: “¿Cuáles son para ti los indicadores *visibles* de la Nueva Normalidad?” Su respuesta, la siguiente:

> “Sin duda la mascarilla […] es tan evidente, es *visible* […] y las filas, las distancias haciendo fila en los comercios […] hay otra cosa *visible* que tiene que ver con la crisis […]

> algunos comercios han cerrado. En Salamanca hay varios carteles con escrito “se traspasa” […] hay muchas cosas que te indican que no estás en la Normalidad de antes. […] el gel para las manos cuando entras en los lugares, los guantes.”

Su testimonio retrae un escenario con el cuál recién estábamos tomando confianza. De hecho, con los meses de confinamiento y desescalada, la percepción de lo que era vivir en una Nueva Normalidad había sido lenta de definir.

Leemos a continuación su opinión sobre el uso de la expresión Nueva Normalidad:

> “Me parece un término correcto. Porque […] no todas las cosas son iguales. Hay *distancia*, no es efectivamente como era antes. […] es una solución para salir del estado de parálisis.”

A lo largo de este capítulo, se ha visto que para dos de las personas entrevistadas la expresión Nueva Normalidad detiene un significado negativo. Por un lado, ha resultado ser una expresión poco estimulante para codificar el presente, sobre todo en víspera de un futuro que se quiere diferente (“eso a mí oído suena como un *revival*”, A., 2020), por otra parte, el focus de atención ha sido la esfera relacional y el miedo a que el uso de la expresión Nueva Normalidad nos haga aceptar la idea de vivir en la *distancia*. En cambio, según el testimonio recogido en el bar Novelty, la expresión resulta conforme, tanto para codificar el presente que como propuesta generativa de cambio frente a la parálisis producida por el confinamiento. En su visión, evidentemente pragmática, la “*distancia*” es parte de la actual realidad.

Tal vez otra perspectiva podría suponer la siguiente consideración: si con el lenguaje se forja la realidad, ¿es oportuno aprender a codificar la *distancia* física como una circunstancia *normal* y proceder por tanto a su normalización? ¿con cuales implicaciones a largo plazo?

Sin duda, en la espera de una vacuna, entendemos tal práctica como solución provisional a la situación de emergencia. ¿Será que nuestro destino depende efectivamente de una vacuna?

Visto así, la Nueva Normalidad no es el punto de llegada, más bien lo que está *entre cosas*, el *limen* para usar el vocabulario de Víctor Turner (1969). Es lo que está en el medio, entre lo que era nuestra vida *antes* de necesitar una vacuna y lo que serán nuestras sociedades *después*. En esta *intersección*, las comunidades humanas han vuelto a organizarse. Para seguir el paso del antropólogo de la Escuela de Manchester, el momento es propicio para que la *cultura* sea funcional a resolver incertidumbres generadas por la pandemia. Este capítulo lleva en su título una pregunta, que en el fondo quisiera ser una respuesta, ella es: ¿hacia una cultura de emergencia?

En las páginas anteriores se ha codificado la cultura como “res pública” (Geertz, 1973), ahora se trata de añadir algo más a su lectura en llave antropológica. Se trata de considerar el componente creativo de la cultura, que se hace realidad cuando los seres humanos, actores culturales dotados de *agency*, inventan o reinventan sus hábitos en función de algo imprevisto que se presenta como un problema que deben resolver. Por consiguiente, interpretamos la cultura como escape o “Via di fuga” (Favole, 2018), es decir creadora de soluciones que *desconfinan* lo habitual.

Para nosotros, el imprevisto problemático es una emergencia sanitaria con incidencia sobre múltiples aspectos. Por lo visto, lo que ella nos requiere es experimentar vida en función de los metros de *distancia* física que nos exigen las medidas de prevención. Conforme con ellas, nuestros inventos y reinventos culturales supondrán de buscar soluciones que las respecten.

Un ejemplo llega de la ciudad venezolana de Caracas; se trata de las “autos-misas”, una práctica religiosa para readaptar el ritual de la misa a las medidas de bio-seguridad. Desde el mes de julio de 2020, en Caracas, las misas se celebran en los estacionamientos de las tres iglesias que hasta ahora han puesto en marcha la propuesta. El altar con la virgen, las flores y el niño Jesús es colocado en la puerta de ingreso de la iglesia, justo delante de los curas que celebran la función mirando hacia los coches de los fieles, allí aparcados. Durante la misa, las personas que quieren recibir el sacramento de la eucaristía deben encender la luz de emergencia, con este gesto el ministro se acerca para darle la hostia, no en la boca sino en la mano. Para finalizar el evento, los fieles se intercambian la paz levantando pañuelos blancos, sonando el claxon o cantando.

Lo que hemos considerado es una solución aprovechada por fieles católicos de Venezuela, sin duda, otras prácticas creativas han surgido por el mundo en este tiempo de primera ola de la pandemia. Es el caso de un profesor italiano de la región Marche que ha reorganizado su aula en un Lido de una playa del Mar Adriático. Una elección necesaria para respectar la *distancia* física entre los estudiantes, dado el espacio estricto de las aulas donde solía dar sus clases, pero también la ocasión para empatizar con cuestiones ambientales como la contaminación marina y una oportunidad para reformular el aprendizaje cerca del mar, gozando de la naturaleza, averiguando como los estímulos externos influyen en el estudio, cuando en lugar de tener un techo, tienes el cielo.

Creo que estos dos ejemplos nos han dado la certeza de que es posible experimentar vida en las *intersecciones* de la pausa y con la incertidumbre espaciotemporal. En tal sentido, el componente creativo de la cultura puede revelarse una herramienta útil, siempre y cuando como sociedad humana estaremos dispuestos a caminar hacia inéditos horizontes.

Bibliografía citada

Aime, M., Favole, A., Remotti, F. (2020). *Il mondo che avrete. Virus, antropocene, rivoluzioni*. Torino: UTET.

Artaud, A. (1938). *Le Théâtre et son Double*. Paris: Gallimard.

Barth, F., (1969). *Ethnic Groups and Boundaries: The social organization of culture difference.* New York: Columbia University Press.

Clifford, J. y Marcus, G. E. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography.* Berkley: University of California.

Favole, A. (2018). *Vie di fuga. Otto passi per uscire dalla propria cultura*. Torino: UTET.

Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures*. New York: Conroy Bookseller

Hartog, F. (2007). *Regimi di storicità*. (Trad. de L. Asaro) Palermo: Sellerio (Original en francés, 2003).

Martino, E. de (1948). *Il mondo magico. Prolegomeni a una storia del magismo*. Torino: Einaudi.

Mauss, M. (2002). *Saggio sul dono. Forme e motivo dello scambio nelle società arcaiche*. (Trad. de F. Zannino). Torino: Einaudi (Original en francés, 1923).

Katzer, L. y Samparon, A. (2011). *El trabajo de campo como proceso. La etnografía colaborativa como perspectiva analítica.* Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social, n°2, pp. 59-70.

Pennacini, C. (Comp.) (2011). *La ricerca sul campo in Antropologia. Oggetti e metodi*. Roma: Carrocci.

Piasere, L. (2002). *L'etnografo imperfetto. Esperienza e cognizione in antropologia*. Bari: Laterza.

Rappaport, J. (2007). *Más allá de la observación participante: la etnografía colaborativa como innovación teórica*. En Leyva, X. y Alonso, J. [et al.] *Practicas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras* (pp. 323-352) (1ª edición digital) (Tomo I). Buenos Aires: CLACSO.

Salvia, C. (2020, julio) *Identidades en proceso de pandemia: ¿Hacia una cultura de emergencia?* Trabajo presentado en el 6° Congreso Internacional de Antropología Aibr, edición en línea.

Salvia, C. (2012) *Sudanesi e ghanesi a Palermo. Percorsi di riconfigurazione del proprio essere nel mondo*. Trabajo de grado, Scienze Antropologiche, Università di Bologna, Bologna.

Turner, V. (1969). *The Ritual process. Structure and Anti-structure*. New York: Aldine the Gruyter.

Van Gennep, A. (1924). *Les rites de passage.* Paris: Librairie Stock.

Wagner, R. (1992). *L'invenzione della cultura*. (Trad. de M. Arioti). Milano: Mursia (Original en inglés, 1975).